

2. La campaña de Portugal en 1762¹

Como ya se ha dicho, a consecuencia del Pacto de Familia firmado con Francia, Carlos III se vio envuelto en guerra contra Inglaterra desde 1762 y en este contexto se intentó la invasión de Portugal, tradicional aliado de Gran Bretaña. La empresa era en principio abordable en términos económicos y militares. Fernando VI había dejado las arcas del Erario llenas y se suponía a Portugal, país pobre y casi sin ejército.

Sin embargo, antes de iniciar la penetración en el país vecino, se trató de ganar tiempo y entretener a Inglaterra con fingidas negociaciones en Londres. De todas maneras los síntomas de que la guerra se avecinaba eran evidentes, sobre todo a principios de 1762. En ese momento comienza una activa campaña publicitaria en la que, por ejemplo, el conde de Campomanes publica el estudio *Noticia geográfica del reino y caminos de Portugal* y el geógrafo Tomás López, algunos mapas de la provincia de Beira, Tras os Montes y el Algarbe.

Por fin los acontecimientos se precipitaron y sobrevino el ultimátum británico: Lord Bristol solicitó de Madrid una respuesta categórica ¿paz o guerra? la declaración de hostilidades de enero de 1762 por parte de la Gran Bretaña fue el desenlace, ante la falta de respuesta española.

Así comenzó la aventura. La conquista de Portugal era una vieja aspiración borbónica. En un panfleto titulado "Consejos dados por Luis XIV de Francia a Felipe V", se pone en boca del *Rey Sol* las siguientes palabras:

*Que haya rey en Portugal
es padrastro a tus umbrales,
que es España, y en España
rey tu sólo has de llamarte²*

En esta tesitura, se nombró lo que se denominó eufemísticamente en tono defensivo, *Ejército de Prevención* y se fueron concentrando tropas en Castilla la Vieja. Para el completo de los regimientos destinados a tal efecto, hubo de hacerse una quinta extraordinaria de 10.000 hombres, signo inequívoco de que Fernando VI había dejado el Ejército en cuadro.

A los regimientos de Línea se añadieron varios de milicias y dos mil granaderos provinciales. En total se consiguió reunir un ejército de 40.000 hombres incluido el cuerpo auxiliar francés del mariscal Beauvau formado por otros 8.000, que acudiría al sitio de Almeida. El ejército así constituido, fue confiado al teniente general marqués de Sarriá y la Gaceta de Madrid de 2 de febrero de 1762 publicó el Estado Mayor que le auxiliaría.

También se hizo acopio de forrajes, artillería y municiones de todas las fábricas de pólvora de España, con lo que se reunió 9.000 quintales de ésta. Luego se repartieron

¹ Para el análisis de esta campaña hemos utilizado las siguientes fuentes:

—Gacetas de Madrid enero-diciembre de 1762

— FERNÁN-NÚÑEZ, Conde de. *Vida de Carlos III* (Edición a cargo de A. Morel-Fatio y A. Paz y Meliá; prólogo de Juan Valera), Madrid, Fernando Fe, 1898. 2 vols.

— FERRER DEL RIO, Antonio. *Historia del reinado de Carlos III en España*. Madrid, Matute y cía. 1856, 4 vols.

— ANÓNIMO *Reflexiones histórico-militares que manifiestan los motivos por qué se mantiene Portugal reino independiente de España y generalmente desgraciadas nuestras empresas y que lo serán mientras no se tomen otras disposiciones*. Borzas 28 de noviembre de 1772. Archivo Campomanes (desde ahora A.C.) legajo nº 30/12.

² Biblioteca Nacional de Madrid (desde ahora BNM) Ms. 10935

Ejército de Prevención		
Comandante en jefe. El teniente general marqués de Sarriá		
Estado mayor		
Cuartel maestro general: Mariscal de campo Antonio Flobert		
Mayor General de Infantería: Mariscal de Campo Francisco Tabares		
Mariscal de logis de caballería: Mariscal de campo Antonio Bucareli		
Tenientes generales		
El conde de Maceda El conde de Fuenclara El conde de Priego El marqués de Villafuerte El marqués de Cevallos D. Francisco Cagigal D. Carlos de la Riva Agüero D. Maximiliano de la Croix El conde de Ricla El conde de Carnein	D. Ignacio Bagot El conde de Gazola Marqués de Siplý Conde de Saldueña D. Francisco Brias de Molenghien D. Phelipe Witz D. Jorge Dunant Duque de Albuquerque D. Marcos de Mendoza D: Diego Manrique	D. Reinaldo Macdonell D. Antonio Manso D. Miguel de Urumberri Conde de la Bagna Marqués de Casa-Tremeñes Duque de Huescar D. Cosme Becar Marques de Villel

órdenes para reparar las plazas fuertes fronterizas de Badajoz, Ciudad Rodrigo y el fuerte de la Concepción.

Después de esta preparación previa, se pensó entrar en Portugal en abril por Almeida, por lo que se dirigió el ejército y el tren de Artillería (que venía nada menos que de Barcelona) a Ciudad Rodrigo, con los demás pertrechos de guerra y algunas provisiones y acopios de granos. Pero por razones que desconocemos y haciendo caso la Corte a un ingeniero catalán de apellido Gassó, se decidió a última hora cambiar de táctica y se decidió penetrar en Portugal más al norte, por Zamora, para dirigirse a Oporto.

A Zamora, pues, hubo que trasladar a hombres y pertrechos. La inesperada mudanza motivó nuevo retraso y confusión. Además esta provincia se encontraba desprovista de todo para abastecer a tan crecido número de tropas, por lo que hubieron de hacerse compras y embargos de paja y granos y el secuestro de todas las caballerías y carros de la región, que encontrándose a punto de recoger la cosecha, quedó arruinada.

Esta arbitraria medida no parece haber salido de mente militar alguna. Habría que estar ciego para preferir una penetración por la accidentada provincia norteña de Tras-os-Montes, al camino más corto que media entre Ciudad Rodrigo o Badajoz para alcanzar Lisboa. Parece que los políticos y aun el Rey lo que pretendían con la invasión de Portugal era más amedrentar a su monarca, que realmente invadir un país donde reinaba la infanta Mariana Victoria, hermana de Carlos III e hija de su aun influyente madre: Isabel de Farnesio. Da la impresión, por tanto, que las maniobras y marchas que se hicieron (y también el resto de la campaña) se limitaron a penetrar ligeramente en territorio portugués y aparte de asediar algunas plazas fuertes so pretexto de no dejar enemigos a la espalda, poco más se hizo. Como veremos, las tres penetraciones hacia el oeste que se intentaron durante ese verano, no pasaron del centro del país. La excusa fue siempre lo accidentado del terreno y el hostigamiento de las guerrillas portuguesas, formadas por bandas de paisanos armados en guerra irregular. Pero la realidad es que primaron criterios políticos y los generales al mando, sujetos por las órdenes emanadas de la Corte poco pudieron hacer. De hecho, inmerso en sus propias contradicciones, el gabinete de Madrid adoptó una actitud bastante turbia. En principio mandó avanzar a Sarriá sin previa declaración de guerra, asegurando al gobierno de Lisboa que "entraban para protegerlos". Así lo declara Carlos III según consta en la Gaceta del 8 de junio

"constante Yo en la máxima de no hacer a los portugueses guerra ofensiva sino en la parte que me forzasen a ella y que mis tropas entrasen en sus dominios solo para librarlos del yugo de los ingleses"

De hecho y al margen de las operaciones militares que ya duraban dos meses, en junio aun no se había declarado la guerra a Portugal, aunque en la misma Gaceta del día 8 ya el Rey, en vista de los acontecimientos, expuso su intención de declararla:

"...he resuelto que de ahora en adelante hagan mis tropas la guerra en Portugal como en país enemigo"

Con todo hubo que esperar al 12 de julio para que Francia y España declararan la guerra oficialmente la ruptura de hostilidades contra el país luso.

En este contexto político y diplomático un tanto viscoso, se desarrolló la campaña. El 20 de abril el ejército se encontraba acampado cerca de Zamora y el cuartel general en Alcañices. Desde allí se inició la ofensiva. Se malograron dos meses con idas y venidas y a las alturas de julio solo se había conseguido tomar sin pena ni gloria las plazas de Miranda do Douro y Bragança. A la par, el general O'Reilly con las tropas ligeras conquistó Chaves y consiguió alcanzar Vila Real a medio camino entre Bragança y Oporto. Pero las pésimas condiciones del terreno, lo pobre de la región que no permitía abastos y el hostigamiento de las guerrillas locales, hizo desistir del intento de alcanzar la costa. Se puede decir que la campaña del norte había fracasado. Entonces se decidió intentarlo por otro lado. Se volvió a pensar en el primitivo plan: el de entrar por Almeida.

A todo esto, nos preguntamos qué hicieron los portugueses durante estos meses de mayo y junio, en que las tropas españolas estuvieron perdiendo tiempo (pensamos que adrede) en el norte. Decir en primer lugar, que Portugal, dada su pobreza, no podía sostener un ejército regular formado por tropas de línea. Así, su organización se basaba en una milicia formada por tropas llamadas *ordenanças* y, además, se armó a todo paisano situado en las regiones fronterizas en una especie de segunda reserva: eran los llamados *auxiliares*. Unos y otros se enfrentaron a las tropas de línea españolas al modo guerrillero, aprovechando lo accidentado del paisaje y hubo que combatirlos al mismo estilo, con las escasas tropas ligeras de que se disponía. Esta actuación del paisanaje portugués, que aunque armado no llevaba uniforme, dio lugar a una guerra sucia en la que las represalias y contrarrepresalias enturbiaron el panorama de la campaña. Máxime, cuando por los usos de la época, se prohibía terminantemente combatir bajo pena de muerte a la población civil. La guerra se había convertido a lo largo del siglo en cosa de profesionales y como contrapartida, el respeto a los paisanos era consigna obligada. Lo comenta un espectador anónimo de aquella penosa expedición:

*"la ninguna tolerancia que consienten hoy los Ejércitos en los países donde se actúa la guerra, castigando con la vida al paisano no armado, los contiene por meros espectadores de los sucesos bélicos, precisándolos a la mansión de sus moradas y evita el exterminio de sus domicilios y labranza. Esta costumbre autorizada, que es común beneficio de los ejércitos y provincias y fruto de la civilidad del Siglo, dulcifica el furor de la guerra y corta sus más funestas consecuencias."*³

Esta actitud, más civilizada, provenía, desde luego, del recuerdo de la cruenta *Guerra de los Treinta Años* del siglo anterior, en la que la intolerancia religiosa y el fanatismo descargaron su furia sobre la población civil demasiadas veces.

Al margen de atender como pudo a su autodefensa, el gobierno portugués no permaneció ocioso y pidió ayuda a su aliado británico. Inglaterra envió a Portugal un cuerpo expedicionario de 6.000 hombres, formado por seis regimientos británicos y dos irlandeses, al mando de los generales James O'hara 2º Barón Tyrawley, y John Campbell, 4º Conde de Loudoun. Estas tropas, procedentes de Portsmouth, llegaron a Lisboa en mayo. Entretanto el Ejército Portugués era reformado y adiestrado por el alemán conde Wilhelm von Schaumburg-Lippe. Éste, después de dar una somera instrucción a los reclutas, consiguió reunir un cuerpo de tropas lusobritánicas de 30.000 hombres que, en espera de acontecimientos, se atrincheró en Abrantes, a medio camino entre Lisboa y la frontera española de Valencia de Alcántara.

Fracasada la operación en Tras-os-Montes y Minho, el ejército entró de nuevo en España, bajando luego por Extremadura a Valencia de Alcántara para penetrar por allí de nuevo en territorio portugués y sitiar la plaza de Almeida. Por entonces ya se habían producido, sin casi haber combatido, más de 8.000 bajas, sobre todo por enfermedad, deserciones y emboscadas.

³ *Reflexiones histórico-militares.... opus cit.*

Además se perdió mucho tiempo en Ciudad Rodrigo haciendo acopio de víveres por no haberse aprontado las fajinas en Aldea del Obispo, donde se encontraba acampado el conde de Maceda, que había permanecido allí desde el principio de la campaña con 8.000 hombres. Al asedio de la plaza se unieron los franceses del mariscal de Beauvau.

El sitio de Almeida fue corto. El 15 de agosto se abrió la trinchera y la plaza se rindió el 25 sin que se hubiera abierto brecha. Se hizo prisionera a la guarnición que contaba con 4.000 hombres y varios oficiales ingleses y se capturó la artillería y unos bien provistos almacenes. La noticia la llevó a la Corte el conde de Fernán Núñez que así obtuvo el grado de coronel.

En ese momento hubo relevos importantes. El viejo marqués de Sarriá, aquejado de gota, pidió el relevo y le fue concedido. De hecho, su nombramiento, que obedecía más a motivos políticos que tácticos, había sido un error. El Rey le había empleado como comandante de la expedición en contra de la opinión de su ministro de la Guerra, a la sazón el irlandés Richard Wall, que prefería al teniente general conde de Aranda. En esta elección mediaron varias circunstancias. En primer lugar, tanto Aranda como Sarriá eran Grandes de España. Todavía asistimos, pues, a una concepción del mando militar como cosa de la alta nobleza. Habrá de pasar un tiempo antes de que Carlos III los postergara y otorgase el mando de operaciones a extranjeros u oficiales de menor rango aristocrático. Por otra parte y aun en este contexto de la Grandeza, el Rey prefirió a Sarriá, aunque viejo y achacoso, al impetuoso y joven Aranda (a la sazón tenía 40 años). Como ya se ha dicho, la postergación de Aranda en puestos militares de alto rango y responsabilidad fue constante, a menos que fuera necesario un golpe de *vigor* como ocurrirá al final de esta misma campaña o con la represión del motín de 1766. Carlos III siempre desconfió de la ambición del conde aragonés y también de sus ideas que resultaron retrógradas, aunque muchos historiadores y panegiristas le hayan tachado de volteriano. Una cosa es coquetear con las ideas avanzadas y otra llevarlas a la práctica. De hecho, el Tercer Carlos no fue leal con el conde. Le utilizó en las ocasiones de más peligro de su reinado y cuando no le hizo falta se lo quitó de en medio.

Sin embargo, como ya se ha dicho, para la campaña de Portugal se eligió primero al anciano Sarriá, hombre de confianza del Rey por muchas causas. Entre ellas su bizarra actuación en las campañas de Italia. Además se le había concedido una coronelía en la Guardia Real, la del Regimiento de Reales Guardias Españolas y, por último, dada la cautela con la que se abordó aquella campaña, si se le hubiese dejado desde el principio al belicoso Aranda, éste hubiera podido entrar a sangre y fuego en Portugal y Carlos III no pretendía tal cosa. Por todo ello, Sarriá era el hombre adecuado políticamente, aunque por su edad proveya no lo fuera militarmente y al final hubo que claudicar y enviar a alguien que imprimiera otro ritmo a la campaña.

Pero el conde aragonés poco pudo hacer ya. Incluso parece como si tampoco quisiera hacer mucho por lo que hemos podido observar en el resto de la campaña. En efecto: la explotación del éxito posterior a la toma de Almeida no dio mucho de sí. Con el ejército reducido ya a 20.000 hombres, en plena canícula y falto de toda clase de víveres, poco podía ya acometer el impetuoso conde. Y encima los portugueses contraatacaron por

Valencia de Alcántara, haciendo prisionera a la guarnición, saqueando la plaza y retirándose de nuevo a su país con el botín.

En ese momento Aranda inició una maniobra poco clara hacia el sur, en vez de avanzar hacia el oeste al encuentro del ejército portugués en Abrantes, para entrar después en Lisboa. Pero no. De Almeida Aranda bajó por Sabugal, Penamacor y Castelo Branco. Esto ocurría ya en septiembre y comenzó a llover. En ese momento se hizo la última intentona hacia el oeste por Sarcedas hasta Sobreira Ferosa, donde la vanguardia de la columna, formada por todos los granaderos del ejército y mandada por el conde de Maceda, no pudo seguir, debido a lo avanzado de la estación (ya estaban en octubre). En efecto: las lluvias arreciaron, y la escasez de víveres, lo accidentado del terreno que dificultaba la marcha y el recelo de quedar cortada la comunicación de los abastos por el acoso de las partidas guerrilleras, lo impidieron. Ante estos imponderables, se retrocedió a Castelo Branco. Entretanto las desgracias continuaron: un huracán de viento y lluvia destrozó el campamento situado en Alburquerque.

A aquellas alturas todo estaba perdido, sin embargo y nuevamente por razones político-diplomáticas, se ordenó a Aranda que continuara las operaciones en tanto que se ultimaban las operaciones de paz. Así, se hizo una última incursión desde Alburquerque por el norte, entrando en Portugal por Valencia de Alcántara, para conquistar las plazas de Castelo da Vide y Marvão y por el sur por Badajoz a tomar Campo Maior y Elvas. Sin embargo todo inútil. Un nuevo vendaval destruyó lo que quedaba de aquel malogrado ejército el 13 de noviembre. Así, de esta

manera desastrosa terminó aquella campaña

Estas últimas operaciones, de suyo inútiles desde el punto de vista táctico, formaban parte de la estrategia típica de la época, es decir, colocar sobre el tablero de las negociaciones nuevas piezas de recambio (plazas fuertes) no se trataba ya pues de conquistar un país, cuestión esta que parece que nunca se planteó en serio por la Corte de Madrid. Así pues, por razones políticas, familiares y aun estratégicas, se sacrificó el prestigio del Ejército y aun del Reino ante los ojos de Europa. Así se expresaba el anónimo autor del informe que se cita en las fuentes consultadas:

“El desdoro de la opinión y la destrucción de un florido ejército en la última entrada, ha persuadido a la Europa que nuestro poder era más imaginario que verdadero. con odiosas comparaciones de lo que fuimos en otro tiempo.”

También la sátira se encargó de recordar el fracaso:

*Por un pacto familiar
la espada desenvainó
al verle así se creía
que iba el mundo a conquistar
pero la volvió a envainar
habiendo dejado perdido
un ejército lucido
una marina excelente
mucho caudal y mucha gente
y con la Habana el honor
en seis meses solamente⁴*

Como señala la sátira y por si fuera poco, a este fracaso hay que añadirle la toma de la Habana por los ingleses en agosto con toda una escuadra en su puerto y la captura de la fragata Hermiona con cuatro millones de pesos fuertes a bordo.

El 3 de diciembre de 1762 se firmaron los preliminares de paz entre Francia España e Inglaterra a los que sumó su firma el rey de Portugal. Después, con la firma del tratado definitivo y en premio a sus servicios el conde de Aranda fue ascendido a Capitán general de Ejército. Significativamente, el anciano marqués de Sarriá no lo consiguió aunque como premio de consolución se le concedió el Toisón.

El ascenso de Aranda a Capitán General pudiera parecer un encumbramiento, pero pronto se vería que no. No sólo porque el rango de Capitán General perdió peso con la nueva organización militar que surgiría de las Ordenanzas de 1768, sino porque fueron otros los encumbrados, como se verá más adelante. Además pronto se quitó Carlos III al conde aragonés de la Corte enviándole al exilio dorado de la Capitanía General de Valencia.

⁴ BNM Ms. 10456